

Academia de Gastronomía Salvadoreña

Enseñamos con pasión

serán nuestros hijos más que nosotros, se revela en las antípodas de las que todavía preconizan el humanismo pedagógico. Y este ser concreto es el individuo a educar, y para él solamente será eficiente una enseñanza que responda al requisito esencial de la unidad indisoluble de intelecto y trabajo del nuevo humanismo que los hechos están formando (Morami 1969).

1.3 PEDAGOGÍAS DEL SIGLO XX

El movimiento pedagógico del siglo XX tiene por caracteres algunos motivos típicos que reflejan, en sus aspectos más esenciales, las transformaciones sufridas por el concepto de educación durante los cambios históricos y sociales que hemos reseñado. En primer término, la finalidad aristocratizante de la educación terminó por desaparecer; la burguesía, definitivamente dueña del poder, dejó de ambicionar el pasaporte de los pergaminos, o de pretender asimilarse por las "maneras": irrumpe a la vida brutalmente, con "vulgaridad" plebeya, y hace caso omiso de las formas para triunfar. Le interesa sobremanera la eficacia, postulado máximo de una sociedad de la acción. En segundo lugar, como producto que es del propio esfuerzo, aprecia condiciones que fueran impropias de la cultura del antiguo régimen: activismo, educación y escuela como autoeducación, autoaprendizaje y autogobierno; enseñanza y actividad según intereses; sustitución de la lección tradicional por la actividad personal del alumno. Valora, por consiguiente, al educando como centro de la educación, y quiere adecuar ésta a su espontaneidad. Educación, en suma, psicologizada y escuela a la "medida" del niño, con la doble intención de desenvolver y acentuar los rasgos de individualidad. Además, en muchos aspectos la educación se convierte, antes que nada, en acto de amor (Larroyo 1980).

Los motivos de este movimiento que se ha dado en llamar de las "escuelas nuevas", no constituyen en verdad un hallazgo propio de las pedagogías del siglo XX. Es cierto que a los tres últimos decenios del siglo correspondió desarrollarlos, aplicarlos, pero inclusive los mismos teóricos de las escuelas nuevas reconocen precursores más o menos alejados en el tiempo, sobre todo a los "padres" del arte de educar contemporáneo (Larroyo 1980).

1.4 PRECURSORES DE LA PEDAGOGÍA

Juan Jacobo Rousseau (1712-1778) representa, por el valor de sus ideas, por el éxito que alcanzaron, y por el puesto que los acontecimientos derivados de la Revolución Francesa dieran a su personalidad y sistema, la figura señera de dos siglos de pedagogía. Dentro de la inspiración de la Enciclopedia, su posición es la que hoy llamamos naturalista. Reacción extrema al humanismo del hombre tal como debe ser, representa la negación radical del "pecado original". El hombre no nace disminuido y debe salvarse por medio de la humanización que ofrece la educación. Muy por el contrario, la humanidad conoció una "época de oro", época cuando todo fue mejor o, dicho de otra manera, en la cual las capacidades del hombre podían desarrollarse sin trabas. Después, los mitos, las creencias religiosas, se adueñaron del pensamiento y destruyeron toda espontaneidad fruto de verdadera realización personal. La sociedad de nuestro tiempo de su tiempo, por supuesto



Academia de Gastronomía Salvadoreña

Enseñamos con pasión

está estratificada en esos caminos y ha terminado por crear la educación cuya finalidad, primera y última, es "domar" al individuo y, destruyendo la personalidad ingénita, natural, civilizarlo. La educación, podemos concluir con Rousseau, es un lecho de Procusto: a su longitud deben adecuarse todos, y, para lograrlo, a unos se les "estira" y a otros se les "corta" el sobrante de talla (Larroyo 1980).

¿Cómo remediar las cosas?: retornando a la naturaleza, a la condición del hombre de la "edad de oro" de la humanidad, nos dirá Rousseau. El niño, a pesar de la sociedad que lo deforma cuando adulto, es intrínsecamente bueno; por tanto, la educación debe respetar su desenvolvimiento natural, pues de lo contrario la actitud "positiva" del maestro se convierte en "negativa". El niño debe hacer, actuar por sí mismo, porque las lecciones aportan las experiencias de otros y destruyen el germen de la experiencia propia del hombre "natural". El esfuerzo debe ser sustituido por el interés, y así por primera vez se anuncian principios educativos asentados en el conocimiento del niño (Larroyo 1980).

Rousseau es consecuente en sus ideas, y también en su conducta, con la época, una de sus obras principales; El contrato social, va contra los principios del derecho divino en que asentaba la nobleza su preeminencia, y demuestra que el orden de los pueblos, la unidad que hace a la sociedad, emana de un acuerdo natural y tácito de los ciudadanos. Esta palabra, ciudadano, es clave, pues nos retrotrae al hombre "libre", en estado de naturaleza, con derecho a hacer o no, a pensar o no, sin restricciones, en que debió vivir la humanidad primigenia, en que vive el "buen salvaje" de las antípodas.

Las ideas de Rousseau parecen de primera intención revolucionaria, y en efecto lo serán cuando el primer momento de la Gran Revolución lleve a Europa, como nunca, a la acción. Sin embargo, el contenido renovador es restringido. Son las ideas de una época cuando la reina de Francia jugaba a la "campesina" en el Petit Trianon, y representaba escenas bucólicas con sus amantes. Engloban la ideología de una nobleza en plena decadencia y se nutren con la savia de una burguesía servil que agazapada espera el momento de suplantarla. El concepto del hombre roussoniano es utópico; el concepto del niño, imaginado.

Juan Jacobo no se dignaba observar al campesino de la gleba, ni se detuvo a contemplar los propios hijos, fruto de amores con su sirvienta, y que cada vez que nacían depositaba en el torno de la inclusa.

La ideología roussoniana, destinada por los apologistas de casi dos siglos a ser la piqueta que derrumbaría los cimientos de una sociedad injusta, tuvo, sin embargo, poca importancia, en los hechos. En pedagogía todavía hoy enmascara la realidad del fenómeno educativo. En nombre de Rousseau se batió el anticlericalismo en pedagogía, y contra Rousseau luchó la derecha católica, y frente a la realidad del proceso uno y otros ignoraban De Magistro, obra de Santo Tomás, que es una clara descripción de los procesos de autoaprendizaje que exalta Rousseau (Suchodoloski 1979).



Academia de Gastronomía Salvadoreña

Enseñamos con pasión

Enrique Pestalozzi (1746-1827) fue un preceptor suizo que se dedicó a la educación de niños pobres. Pobre él mismo, no pudo darse la satisfacción de ser el filántropo que anhelaba, y terminó por aceptar que la pobreza, al igual que la nobleza, representa un estado natural, propio del orden eterno de las cosas. Pestalozzi alcanzó a observar, desde la atalaya de la neutralidad Suiza, el ciclón revolucionario en Francia, pero jamás llegó a comprender por qué el pueblo había asaltado. La Bastilla, ni por qué la burguesía alzada contra la nobleza terminó coronando como Emperador a Napoleón. Sin el genio literario de Rousseau, sin sus condiciones para medrar bajo el mecenazgo de los nobles, divirtiéndolos con la "pimienta" de utopías revolucionarias: "¡El ateísmo es privilegio de la nobleza!", por ejemplo Pestalozzi representó al prototipo del pedagogo clásico, atado al deber, víctima del deber, cumpliendo siempre con él "deber" de asegurar con la educación del niño pobre el régimen que hacía pobres (Suchodolski 1979).

La ceguera histórica y social de Pestalozzi fue absoluta, tanto que una anécdota la revela bien claras. Cuando en 1815 Napoleón fue derrotado en Waterloo, y las tropas del zar de Rusia llegaron hasta Suiza, éste manifestó el deseo de conocer al educador que había escrito *Cómo Gertrudis educa a sus hijos* (Suchodolski 1979).

Durante la audiencia, el Zar al conocer los apremios económicos de Pestalozzi, concibió la idea de donarle el edificio de una escuela y se lo sugirió al decirle: "La audiencia terminó, pero antes de retirarte solicita lo que más necesita, que te será concedido". Pestalozzi conmovido, llorando, cayó de rodillas para pedir la liberación de los siervos en Rusia. El Zar, déspota ilustrado, lo miró con desprecio: "¡No has aprendido, pedagogo, que el poder no puede auto limitarse!" (Suchodolski 1979).

Pestalozzi no piensa, como Rousseau, que el hombre es bueno por naturaleza; tampoco le interesan los orígenes de la sociedad y de la cultura, ni la situación social que le es contemporánea. Su preocupación pedagógica es la familia, la familia patriarcal como entonces existe, la única que concibe y acepta como tal de por siempre y para siempre. En consecuencia, el fundamento pestalozziano de la pedagogía es la educación formal de todo el hombre, una educación centrada en el espíritu de la familia y del amor materno. Pestalozzi educaba en la práctica niños pobres y abandonados, y anhelaba reconstituir para ellos el núcleo familiar: sanar todo de sus miserias. Casi ciento cincuenta años después, Bowly repetirá desde Inglaterra, en su Informe para la UNESCO, que beneficia más al desarrollo del niño la presencia de la madre, aunque sea en la más completa miseria, que su ausencia en la mejor de las instituciones. (Suchodolski 1979).

Rousseau pensaba para burgueses que aspiraban al ocio del dominio, y su educación daba al trabajo el papel de sistema didáctico; Pestalozzi educaba niños menesterosos y transformaba el trabajo, necesidad ineludible para ellos, en aspecto educativo de la escuela. Los niños de Pestalozzi deben aprender a trabajar prematuramente. Cuando a mediados del siglo pasado la revolución industrial arrastra a los niños a las fábricas con jornadas de hasta catorce y dieciséis horas diarias, la "educación por el trabajo", con alcances sociales que Pestalozzi jamás sospechó, estará justificada. (Suchodolski 1979).



Academia de Gastronomía Salvadoreña

Enseñamos con pasión

Federico Froebel (1782-1852), a diferencia de Rousseau, de Pestalozzi, del que fuera amigo, no es un pedagogo intuitivo; las utopías del iluminismo tienen poca resonancia en su pensamiento. Vive en el foco de la gran renovación filosófica que tiene lugar en Alemania, en el siglo XVIII. Hegel, Fichte, Feuerbach, Herbart, son sus contemporáneos y compatriotas. De formación universitaria, recibe sobre todo el influjo de Juan Herbart (1776-1841), filósofo y psicólogo que conserva un lugar de privilegio entre los contemporáneos de Kant y, sobre todo, entre los que se ha dado por llamar pensadores postkantianos. Herbart es genuinamente psicólogo; su teoría intelectualista de las emociones todavía hoy es enseñada bajo su nombre o el de Nahiowsky. (Morami 1969).

De Herbart, Froebel recibe el concepto de psicología, y por primera vez en la historia un pedagogo considera la educación como hecho concreto que se realiza con un ser concreto: el niño. El hombre de Rousseau, por supuesto su concepto del niño, era una abstracción imaginada; El hombre de Pestalozzi, el niño que considera, correspondía a la realidad, pero a la parte de la realidad menos favorecida por el orden social y deformada por la pobreza. Rousseau imaginaba situaciones "bucólicas", Pestalozzi pretendía "redimir" al pobre enseñándole oficios, sin soñar con un cambio de situación. Uno negaba el derecho divino y preparaba el derecho burgués; el otro no negaba ni preparaba nada, simplemente quería ayudar al hambriento a tener menos hambre (Larroyo 1980).

Froebel está libre de preocupaciones sociales e históricas; acepta la humanidad tal cual como se da, con sus jerarquías, injusticias, desigualdades. Pero concibe al hombre como potencialmente igual en capacidades durante la niñez. Para él, la pedagogía no es un instrumento de cambio, simplemente un medio para forjar hombres a partir del niño, hombres que luego deberán abrirse camino por sus propios medios. El éxito o el fracaso futuros son de responsabilidad personal, solamente es deber de la sociedad dar posibilidades educativas con base común, similar para todos. La doctrina del liberalismo pedagógico tiene en Froebel al primer teórico (Larroyo 1980).

La pedagogía frobeliana es consecuente en todos los aspectos con su filosofía del hombre y de la sociedad. Es un sistema. El niño no es bueno ni malo, es un ser en formación y en desarrollo espontáneos; por consiguiente, la pedagogía debe fundamentalmente tener en cuenta este aspecto. De aquí que para Froebel sea el desarrollo del niño, y no sus necesidades, como para Pestalozzi, el centro de la educación. La espontaneidad del niño se revela en el juego, que sería la primera manifestación humana de la capacidad de trabajo; por consiguiente, la educación debe graduarse con un ritmo que vaya realizando sin pasos bruscos la transición del juego al trabajo (Larroyo 1980).

Además, el niño está llamado a realizarse en la vida que le es actual, y la enseñanza debe asentarse en la continua observación del niño, que es actualidad viviente, y de la sociedad, que es actualidad permanente (Larroyo 1980).

Froebel explicó sus ideas en una obra titulada La educación del hombre, cuyo éxito jamás igualó, ni entonces ni ahora, al de Cómo Gertrudis educa a sus hijos. Para llevar a la práctica su teoría pedagógica, que aspira a fomentar el deseo de actividad y de creación del niño mediante juegos graduados, que procura tener en cuenta el desarrollo espiritual del infante,



Academia de Gastronomía Salvadoreña

Enseñamos con pasión

estableció en Blankenburg, en 1840, el primer Kindergarten. Allí, con Froebel, nace la educación preescolar. Por primera vez desde que se concibiera la necesidad de escolarizar al niño, se niega a la familia competencia para la fase de educación anterior a la escuela, de hecho Froebel contradice a Pestalozzi (Larroyo 1980).

En los últimos decenios del siglo pasado, las ideas de Rousseau, de Pestalozzi, de Froebel, de los que basándose en ellos escribían sobre educación, de los organizadores de escuelas y de institutos, habían terminado por provocar una desorganización general. Lo antiguo no marchaba, y lo nuevo, mal comprendido, considerado muchas veces con desconfianza, o directamente mal aplicado, terminó por llevar a la incertidumbre de principios, a la incoherencia de los métodos. La situación se revelaba capaz de comprometer cualquier posibilidad de eficacia y de dirección educativa (Larroyo 1980).

Dar educación al pueblo, al pueblo de cada país, era la única consideración pedagógica común, tal fue el empeño de todos los pedagogos y educadores de comienzos del siglo XX pero se trataba antes que nada de una educación coligada con estrechos fines políticos y nacionalistas. La educación es la primera condición de la resurrección de las "patrias", porque "sin educación nacional no puede existir nación" (Suchodolski 1979).

Este lema del Resurgimiento italiano fue repetido en todas partes, y a fuerza de convertirlo en moneda de cambio de la política, hasta la pedagogía misma olvidó que significaba algo más que pequeñas reivindicaciones nacionales, algo más que las circunstancias de un momento, y se le convirtió de principio en táctica, dejando de lado que significaba que se debían revisar los principios que informan la educación, sus finalidades, sus directivas, estudiar su esencia y verificar la justificación "una base firme, admitida por todos, y que sea tal, que donde se la entienda nadie pueda negarla". Esto es, dar un principio único, claro y sólido a toda obra y metódica educativa (Suchodolski 1979).

Sin embargo, esta admonición, que se remontaba a más de medio siglo, quedó sepultada, olvidada en pedagogía por obra de la pedantería filosófica del herbatismo, y de la carencia de filosofía del positivismo, que reinaron en educación en la segunda mitad del ochocientos y en los primeros decenios de nuestro siglo. Solamente después de la Primera Guerra Mundial, a partir de 1918, la reacción masiva al positivismo y al idealismo filosófico, con sus nuevos motivos especulativos, desembocó en una escuela "nueva" y "activa" en el verdadero sentido de los términos (Suchodolski 1979).

Herbart, a través de Froebel, había llegado a imponer en pedagogía los principios del idealismo postkantiano: la realidad es un absoluto trascendental en devenir, y cualquier aspecto singular de la misma, el individuo, concretamente, para la pedagogía, es solamente un "modo" caduco y transitorio del Absoluto. De esta manera, tras los pasos de Hegel (1770-1831), consideran a la individualidad humana expresada en el tiempo y en la historia por la conciencia universal, que en acto se traduce a través de la voluntad soberana del Estado, a cuyos designios los individuos, simplemente partes, deben subordinarse. Si bien es cierto que en este último aspecto el pensamiento de Herbart difería, puesto que interpretaba la realidad



Academia de Gastronomía Salvadoreña

Enseñamos con pasión

como una pluralidad de seres singulares, de individuos reales, los resultados no cambiaron fundamentalmente. La pedagogía, sus fines, su filosofía en una palabra, terminó por identificarse con los fines del Estado, con su filosofía, que bien en monarquía, bien en república, representaba el dominio de los intereses de una clase, el mayor nivel de dominio que pudiera alcanzar la burguesía sobre el pueblo (Suchodolski 1979).

De esta manera, el elemento a educar, el niño sobre todo y el adolescente, queda subrogado a segundo plano y la escuela, como tal, responde a la, necesidad del Estado burgués, supremo pedagogo. Sin duda, no faltaban motivos y razones para el surgimiento de un nuevo método filosófico y de una nueva pedagogía. En efecto, no tardó en verse claro que el idealismo romántico, que imperaba en todos los campos del saber y de la cultura: filosofía, religión, historia, política, pedagogía, aunque "daba razón", de todo, en realidad no explicaba nada de lo que es concreto y particular. Con el "espíritu trascendental" no se encontraban nuevas tierras, no se exploraba al Sol y a sus planetas, no se revelaban los secretos de los tejidos y de las células, no se aplicaba el vapor, primero; el motor de explosión, después a la industria. El contraste era flagrante. Por una parte, el patrimonio científico de Kepler, Galileo, Newton, al que los Lavoisier, los Bichat, los Mayer, los Darwin, los Pasteur daban nuevo incremento; por otra, abstracciones exaltantes, pero infecundas, empeñadas en ignorar hasta qué punto la ciencia había dejado de ser sierva de la filosofía, para convertirse en su complemento necesario e imprescindible. Bastaba con dar solamente un paso, y la nueva exigencia maduró bajo el lema de menos síntesis y más descubrimientos; de menos metafísica y más realidad; de menos principios y más observaciones de los hechos (Suchodolski 1979).

De esta manera surgió el positivismo, la "filosofía del hecho", la "filosofía científica" por su método de investigación, despreocupado de los "inútiles" razonamientos sobre la naturaleza del ser, de la indagación "analítica" de las causas, para centrarse en las condiciones y génesis de los fenómenos, para determinar sus leyes, entendidas como condiciones constantes de su acaecer, dedicada exclusivamente al objeto sensible, asentada en la experiencia tal como es brindada por la percepción, revelada en la observación, verificada en el experimento (Suchodolski 1979).

El positivismo, que nació en Francia entre 1830-40 con Augusto Comte (1798-1857) y se desarrolló en Inglaterra como evolucionismo con Carlos Darwin (1809-1882) y con Heriberto Spencer (1820-1903) entre 1860 y 1890, terminó por culminar en Alemania con Ernesto Haeckel (1834-1919) de 1850 a 1900. La pedagogía positivista comenzó por desencadenar una áspera polémica general contra la educación disciplinaria, de las "facultades", en favor de una educación científica, para encontrar finalmente con Spencer al mayor pedagogo de su tiempo. En líneas generales, los fundamentos herbatianos de la pedagogía se asentaban sobre una base filosófica y psicológica de la educación y, por consiguiente, hacían prevalecer al método. En Inglaterra, por el contrario, la batalla dirigida por Spencer fue por "una escuela que preparase para la vida moderna", con lo cual cobra importancia en pedagogía la cuestión del contenido; esto es, de las materias a estudiar (Larroyo 1980).



Academia de Gastronomía Salvadoreña

Enseñamos con pasión

Para Spencer, la educación debe valerse de las ciencias para formar al "hombre completo y activo de la sociedad moderna". Siendo el hombre un ser que reacciona, de acción en una palabra, con un patrimonio hereditario que se enriquece por influencia del ambiente, de manera evolutiva, lentamente y sólo por adquisiciones de propia experiencia, el fundamento principal de la pedagogía debía ser dejar hacer de por sí, dejar en todo actuar a la naturaleza (Larroyo 1980).

La pedagogía dominante, centrada en el humanismo del hombre tal como debe ser, era disciplinaria y se inspiraba en normas abstractas. Para el positivismo era necesario examinar las cosas que más importaba saber, preguntarse ¿Cómo debemos vivir? ; ¿Cuál es la verdadera regla de conducta para todas las circunstancias de la vida? ; ¿Cómo tratar al cuerpo y a la mente? dirigir los negocios; estructurar la familia; ser buenos ciudadanos; ejercer todas las facultades del individuo para él y para la sociedad? Esto es, "el fin de la educación es preparar para una vida completa". Tanto la vida física, como la mental y la social, encuentran la garantía de su establecimiento y de su eficiencia en las ciencias, y es importante recordar que "el primer requisito para obtener éxito en la vida decía Spencer: es un robusto animal; y ser una nación de robustos animales es la primera condición para la prosperidad nacional (Larroyo 1980).

Sin duda, el positivismo pedagógico consideró antes que el hecho educativo los "factores" de la educación, y aunque sólo los estudió biológicamente, como mecanismos, y acentuó casi exclusivamente el papel del atavismo y de los reflejos nerviosos, de asociaciones y de ejercicio, su experimentalismo fue fecundo en pedagogía. Y más todavía, la acción benéfica sobre la pedagogía resultará en mayor grado de las críticas que pronto se elevaron por todas partes contra la "filosofía positiva", y trajeron las grandes polémicas que tantos contrastes suscitaron en el terreno de la vida y de la cultura entre las dos grandes guerras mundiales que sufrió nuestro siglo (Larroyo 1980).

Desde el punto de vista de la concepción del hombre, negando al humanismo del "como debe ser", el positivismo llevó la concepción del "hombre tal como es" a conclusiones inesperadas, reduciendo el ser humano a mecanismos que sólo se explicaban "científicamente" y cuya evolución tenía asiento en ellos mismos. La burguesía triunfante en todos los órdenes se había visto obligada a abandonar a Rousseau en pedagogía, cuando la revolución industrial, iniciada a mediados del siglo xv en Inglaterra, exigió un nuevo uso y aprovechamiento del factor humano con el nacimiento del capitalismo (Larroyo 1980).

En efecto, la adopción de la máquina en gran escala, los ininterrumpidos progresos técnicos, exigían un obrero cada vez más capacitado. La "fuerza de los brazos" cedía gradualmente frente a la pericia, y esto requería educación. Los principios pedagógicos del positivismo respondían a las mil maravillas a las exigencias de las nuevas circunstancias, y los "animales robustos", con físico sano y mente amoblada con saber instrumental, con conocimientos prácticos y desvinculados de cualquier tendencia al análisis, a la crítica, constituían la mano de obra providencial. No fue, pues, por simple casualidad que en la Inglaterra de la reina Victoria, puritana al extremo, realizadora de las mayores conquistas coloniales de la historia,



Academia de Gastronomía Salvadoreña

Enseñamos con pasión

cabeza indiscutible del desarrollo industrial, la pedagogía positivista encontrara sus mejores cualidades y nos ofreciera, al mismo tiempo, el contraste intencionado de una educación positiva para el pueblo, otra tradicional para la clase noble y dirigente (larroyo 1980).

En educación (pedagogía y escuela), el influjo científicista e intelectualista de Spencer, y del psicologismo y filosofismo, también intelectualista, de Herbart, con la consecuencia del mecanicismo metodológico y el desconocimiento de cuanto no fuese "saber positivo", eran las explicaciones preponderantes que, por lo demás, correspondían perfectamente a las necesidades, teóricas y prácticas, de una clase social que se había visto alienada por los resultados de su propia evolución (larroyo 1980).

En efecto, la burguesía, que había suplantado a la nobleza, aspiraba ante todo al dominio personal. La fórmula que la guiara era simple, y con la misma simpleza se había repetido en América cuando la proclamación de la independencia de nuestros países: suplantar al Rey, a los nobles en general, por burgueses de entendimiento práctico, sólido, que aspiraban a liberarse a través del cargo y de la cosa pública, por el cargo y por la cosa pública, de las injusticias que los postergaban. La burguesía revolucionaria fue una burguesía de trabajo; quería, necesitaba dignificar el trabajo, porque así lograba la dignificación de su clase, de su persona en última instancia (Larroyo 1980).

Más, al llegar al poder, lograda la ambición de aliar trabajo y poder, la burguesía descubrió que para mantener éste era necesario aprovechar, intensificar aquél. La revolución industrial vino en su ayuda, y el trabajo terminó por convertirse en nueva forma de alienación del individuo. La burguesía convertida en clase capitalista renovó su fe en la capacidad creadora del poder, y definitivamente relegó el trabajo a la condición de elemento de explotación de las capacidades de otros hombres (larroyo 1980).

La Primera Guerra Mundial puso al descubierto, con sus consecuencias, la máscara de los nacionalismos frente a la internacional del capital, y en contraposición con el intelectualismo nacionalista, que tenía su eje en la instrucción, se comenzó por enarbolar los valores morales, religiosos y de sentimiento, de manera que el fin de la educación desembocara en la formación del carácter. Al razonar se había opuesto el hacer, y ahora se redescubría que el hombre es también afectividad, y esencialmente impulso, actividad productora de nuevo, ser en desenvolvimiento hacia la propia y plena explicación. Para el hombre valía nuevamente la expresión de Píndaro: "Convértete en lo que eres" y es así que en el largo recorrer de los años se han venido desarrollando diversas teorías para el entendimiento de esta área que es la pedagogía que tiene como finalidad primordial el de desarrollar las capacidades intelectuales del ser humano (Larroyo 1980).

Después de haber conocido todos los antecedentes de la pedagogía, se muestra en el siguiente capítulo teorías pedagógicas que servirán para ampliar más el conocimiento pedagógico.

